

Los golpes en la puerta que comunicaba con el interior de la casa se repitieron más fuertes.

—Abra usted, querida mamá; soy yo, que vengo por la llave de mi cómoda, que he dejado olvidada sobre la mesa.

El hombre no acertaba a abrir la puerta del balcón para escapar.

Inés no podía responder ni abrir a su protegida, porque estaba amarrada.

—¡Ah!... ¡Si me cogen aquí soy perdido!...—dijo interiormente y alarmado en extremo el asaltante—. ¡Gracias al infierno que he dado ya con el resorte!...—continuó diciendo—; ya no hay cuidado... ¡Me he salvado!...

Y al decir esto abrió el balcón, salió apresuradamente por él, bajó al jardín, llegó a la pared que le cercaba, subió por una escala que había colocado para entrar, y subió sobre la tapia, se puso a recoger la escala para ponerla hacia el lado de la calle, y bajar por ella, contento del éxito de su empresa.

CAPITULO V

De la mano a la boca

Volvamos a la calzada de la Piedad, en donde dejamos a los dos amigos dispuestos para el duelo.

El hombre que había bajado del coche, salvó de un salto la estrecha acequia que separa la calzada del sitio en que le esperaban, y avanzó solo, llevando en la mano las dos espadas con que le vimos bajar.

Rafael y Leopoldo extrañaron verle llegar sin padrino.

La noche había cerrado completamente.

La sombra de los árboles y matorrales que orillan el camino aumentaban la obscuridad.

El que marchaba hacia ellos, con aire resuelto y a paso apresurado, preguntó en alta voz al verse ya cerca:

—¿Es don Leopoldo el que aguarda?

—El mismo, señor Duval.

—No me quiera usted tan mal, querido amigo Cabrera; llamarme Duval, no hiciera, aunque ofenderme quisiera, el mismo señor Duval.

—¡Qué oigo!... ¡Núñez!—exclamó Leopoldo, reconociendo al mendigo, y corriendo a abrazarle.

—El mismo.

—¿Qué viene usted a hacer por aquí?

—¿A hacer?... Nada; porque todo está hecho ya.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que tengan ustedes la bondad de entrar en el coche que he traído, y que nos retiremos de este sitio.

—No puedo complacer a usted, querido amigo.

—¿Qué inconveniente existe?

—El inconveniente de que estamos esperando a una persona.

—Lo sé; pero esa persona no vendrá.

—¿Por qué?

—Porque ya vino.

—¿Cuándo?

—Hace una hora.

—¿Cómo puede ser eso, si ella misma me suplicó por medio de una esquila, que me entregó mi casera, que el duelo tuviese lugar a las nueve?

—Porque quien tomó el nombre de esa persona fué otra, con el objeto de que usted no se presentase.

—¿Quién?

—Un amigo de usted.

—¡Ah!... Ese amigo me ha hecho pasar por cobarde a sus ojos, pues al no encontrarme, me habrá acusado de villano.

—Todo lo contrario.

—¿Cómo!

—Se ha ido convencido de que sabe usted cumplir su palabra.

—¿Sin batirse conmigo?

—Es que él cree que se ha batido con usted.

—No comprendo...

—Y que ha sido vencido.

—¿Se chancea usted?

—Digo la verdad.

—Le suplico a usted tenga la bondad de explicarme este logogrifo.

—Voy a hacerlo con mucho gusto.

—Ya escucho a usted.

—Esta mañana sobre la mesa del estudio de usted, y entre los papeles, pinturas y pinceles, vi una tarjeta doblada por las tres puntas. Convencido de que se trataba de un desafío, leí el nombre que contenía, la hora y el sitio de la

cita; interesado por la vida de usted, sostén de una anciana madre, quise conocer cuál sería, aproximadamente, el resultado del duelo. Entonces invité a usted a tirar un instante el florete, resuelto a dejarle a usted venir, si era más fuerte que yo, pero a batirme en su lugar si sucedía lo contrario, como sucedió. Convencido de que, a favor de la obscuridad de la noche, no sería conocido por Duval, vine a esperarle, después de haberle enviado un recado en nombre de usted, suplicándole retardase el duelo hasta las ocho, mientras a usted le enviaba, pidiéndole en nombre de Duval, viniese a las nueve, para lograr así que la noche entrase, para no ser conocido por él en la obscuridad, y salvar a usted de una muerte segura, haciéndole llegar más tarde. Todo salió como yo me había propuesto; alquilé estas espadas; llegó poco después que yo; le dije que no traía padrino, porque confiaba en su hidalguía; cruzamos las espadas, sin que la obscuridad nos permitiese distinguírnos; me anunció que aquél era el último instante de mi vida; que Clotilde, libre de mí, se uniría a él para siempre. Yo le contesté que las armas lo decidirían. Entonces nos acometimos sin hablar más palabras; y me alegré de haber tomado la resolución de haber acudido al desafío, porque tiraba muy bien, y la muerte de usted hubiera sido segura. Sin embargo, conocí desde luego que yo tenía gran ventaja sobre él. Para manifestarle que usted era generoso y que no le quitaba usted la vida, aunque podía hacerlo legalmente, le amenacé con un golpe el pecho, y cuando él acudió a quitárselo, le di de plano sobre el hombro. Furioso de ira al ver que se burlaban de él, se arrojó sobre mí; pero su espada saltó a tres varas de distancia; le había desarmado. Pude, al mismo tiempo que le desarmaba, tirarle una estocada y matarle, pero no quise; hubiera sido para mí un remordimiento, antes le dije que cogiera la espada y que volviésemos a combatir si le parecía. «¡Don Leopoldo!», me dijo, no pudiendo disimular la ira de verse vencido; «me ha perdonado usted la vida; pero le advierto que no estoy dispuesto a corresponder a su generosidad; le aborrezco a usted; y no descansaré hasta no vengarme de este rasgo de benevolencia. Adiós». Y se alejó de mí; subió en el coche con su padrino, y desaparecieron los dos. Al verles marchar, me dirigí a la casa de usted para decirle lo que había pasado; pero había usted salido, y conociendo que estaría usted aquí, he vuelto para que no esperase usted al que ya no ha de volver.

—Pero yo no me he batido, y no quiero que nadie pueda tacharme de cobarde.

—Y ¿quién podrá hacerlo? ¿Duval, ante cuyos ojos únicamente debía usted quedar como hombre de pundonor? Para él se ha batido usted, le ha vencido y ha sido generoso. ¿Nosotros? Aquí le vemos a usted esperando a su rival para medir con él sus armas.

—Tiene razón el señor Núñez—dijo Rafael—. Al único a quien tenías que convencer de tu valor, pues nosotros lo conocemos perfectamente, era a Duval, y éste ha quedado plenamente satisfecho de él. La acción del señor Núñez ha sido muy noble, y no hay más que conformarse con ella. Ha querido evitar la muerte de un hombre honrado, las lágrimas de una amante y la desolación de una madre anciana, y todo lo ha conseguido sin mancillar en nada tu buen nombre.

—Sí, es verdad—contestó Leopoldo—; me convenzo de la exactitud de esas reflexiones.

—Y ¿me perdona usted—preguntó Núñez—una acción que no reconocía otro origen que el de la amistad que profeso a usted?

—¡Ah!...—exclamó Leopoldo abrazándole—. Usted es el salvador de mi honra y de mi vida...

—Bien; ahora podemos marcharnos, pues su afligida madre estará impaciente por su tardanza.

—Sí, marchemos ya—contestó Leopoldo.

Y los tres subieron en el carruaje en que había ido Núñez. Al llegar al paseo de Bucareli, donde les esperaba el otro carruaje, despertaron al cochero, que roncaba grandemente; le pagaron y le dijeron que podía irse; en seguida se dirigieron a donde vivía Rafael, le dejaron en su casa y los dos nuevos amigos marcharon juntos a la calle de Tacuba.

Núñez quiso retirarse al dejar a Leopoldo en su habitación; pero éste no lo permitió.

—Desde hoy—le dijo—, quiero que viva usted en mi casa, que pertenezca usted a mi familia.

—Imposible; eso sería abusar de la benevolencia de usted.

—Y rehusar lo traduciría yo por un desaire hecho a la amistad.

—Eso nunca.

—Además de que yo quería utilizarme de sus luces para un plan que tengo entre manos—dijo Leopoldo, queriendo favorecer a su amigo, sin herir su amor propio.

—Todo cuanto valgo, que es muy poco, está a la disposición de usted.

—¿No me ha dicho usted que sabe pintar?

—En otro tiempo lo hice con bastante perfección.

—Pues bien; hace tiempo que me encargaron hiciese unos cuadros para colocarlos en las salas del colegio de «Las Vizcainas»; tengo ejecutados algunos bocetos, pero no me he podido ocupar todavía de trasladar la idea a los grandes lienzos que preparé con este objeto, por estar ocupado en otros trabajos que me ha sido imposible abandonar. ¿Tendría usted, pues, la bondad de hacerse cargo de su ejecución?

—Temo que mi capacidad y mi buen deseo no sean bastantes a llenar la idea de los que han ocurrido al diestro pincel de usted.

—Estoy seguro de que quedarán satisfechos. Por ahora lo que deseo es que usted admita.

—Para mí sería una dicha suprema.

—Pues no hablemos más; desde este instante es usted mi socio; trabajaremos en un mismo estudio, y viviremos bajo un mismo techo.

Núñez estrechó la mano de su nuevo amigo en señal de agradecimiento.

—Admitido; voy a avisar a la posada en que tomé un cuarto esta tarde, que no me esperen, y que dispongan de él.

—Cuento con que viene usted.

—Dentro de un momento.

—¿No quiere usted que suba las espadas?

—Si me hace usted el favor, le agradeceré que se lleve una, pues juzgo prudente ir provisto de la otra, que la llevaré oculta debajo de la levita.

—Está muy bien.

Leopoldo subió, deseoso de abrazar a su querida madre, que le esperaba inquieta, y Núñez, después de despedir el coche, se dirigió, contento de lo que pasaba, hacia la posada.

—Dios me hizo conocer a este excelente joven—iba pensando—, para hacerme volver a la senda del honor. ¡Ah! ¿Para qué me separaría nunca de ella?... ¿Por qué en lugar de entregarme a la desesperación, al desaparecer la joven que era mi delicia, y de abrazar ciegamente el vicio, no trabajé con empeño para descubrir su paradero?... ¡Tal vez la infeliz me llamaba en su socorro, cuando yo, creyéndola ingrata, la maldecía!... ¡Si has muerto, si estás en ese limpio cielo, ángel de mi inextinguible y único amor, perdóname mi fragilidad!...

Y a este recuerdo, sus ojos se llenaron de lágrimas.

Dominado por aquellos dulces sentimientos, que le trans-

portaban a los gratos días que nunca olvida el corazón, porque se graban en él de una manera indeleble, cruzó maquinalmente varias calles, sin ocuparse del rumbo que llevaba.

De repente vino a sacarle de sus meditaciones un ruido extraño; miró a todos lados y nada vió.

La calle estaba enteramente sola.

Entonces alzó la vista, y descubrió a un hombre sobre la cerca de un jardín, que se había detenido, esperando, sin duda, a que él pasase, para bajar después.

Núñez reconoció el sitio, y vió que aquel jardín era el que pertenecía a la casa de Clotilde.

Esto, y el hallarse aquel hombre sobre la tapia, le hizo sospechar que era algún malvado que quería huir; sacó la espada que llevaba oculta debajo de la levita y se dispuso a impedirle el paso.

En aquel momento se oyeron voces dentro del jardín, dadas por varias personas, que sin duda venían en persecución del mismo que esperaba Núñez.

El que permanecía arriba se vió perdido.

Núñez conoció que su intención era saltar hacia donde él estaba, por librarse del peligro mayor, y se acercó más para acometerle tan pronto como descendiera. Pero preocupado con aquel noble pensamiento, no vió que en la acera contraria, y embutido, por decirlo así, en una puerta, había otro hombre de larga barba, que le observaba a él, y que montaba una pistola, apuntándole con ella.

El ruido y las voces de los que llegaban por el jardín, se oyeron más cerca.

El hombre, al verse perdido, saltó a la calle, cayéndosele del bolsillo un cuaderno que llevaba.

Núñez iba a acometerle.

El hombre de larga barba que le apuntaba disparó sobre él la pistola, y temiendo ser perseguido, huyó, siguiendo el mismo rumbo que el primero.

Al encontrarse lejos y ver que nadie les seguía, se detuvieron, y el de la barba larga preguntó al otro:

—¿Se apoderó usted del cuaderno?

—Con la mayor facilidad.

—Entonces, ¿de qué provinieron las voces que se oían?

—Porque Clotilde, que había ido, no sé con qué motivo, al cuarto de Inés, al verlo cerrado y que nadie le respondía, empezó a dar voces, a las cuales acudieron los de la casa; pero cuando ya yo, por fortuna, había logrado salir del cuarto.

—Venga el cuaderno que en tan grave peligro nos puso,

—Voy a dárselo a usted.

Y el hombre metió la mano al bolsillo para sacarlo; pero se quedó pálido y sorprendido al encontrarse sin él.

—¿Qué sucede?—preguntó alarmado el de la barba larga, al notar la inquietud de su compañero.

—¿Qué ha de suceder!... Que no tengo el cuaderno.

—¿Cómo!

—Sin duda me cayó del bolsillo al saltar la tapia del jardín.

—¿Será posible?

—Sí, por desgracia.

—Regístrese usted bien.

—No, no lo tengo—contestó el hombre, después de registrarse todos los bolsillos—. Se cayó al dar el salto hacia la calle.

—¡Ah!... Pues es preciso volver para buscarlo.

—Sería una imprudencia... ¿No ve usted que si, como es posible, ha matado usted del pistoletazo al que trató de acometerme, la justicia, que estará en el teatro de la sangrienta escena, pudiera echarnos mano?

—Tiene usted razón. ¿Qué debemos, pues, hacer?

—Por ahora, retirarnos a nuestras casas, y mañana, después de informarnos de lo que ha pasado, discurrir y meditar el modo de reparar lo perdido.

—Puesto que no queda otro remedio, marchemos hacia casa. ¡Oh!... ¡Ese cuaderno!... ¡Ese cuaderno es toda mi ambición!

Y lamentándose ambos de aquel fatal contratiempo que les había arrebatado lo que tanto habían anhelado, se alejaron, perdiéndose a poco en la obscuridad de las solitarias calles.

¿Qué había sido del cuaderno?

¿Se quedó tirado en la calle sin que nadie lo viera?

¿Por qué Núñez no persiguió a aquellos dos malvados?

¿Temió al hacerlo, o había sido víctima del pistoletazo disparado por el hombre de la barba larga?

Antes de satisfacer estas dudas, preciso nos es ocuparnos de otros acontecimientos que importan a nuestra historia.

CAPITULO VI

La casa de juego

Estamos en una casa de juego; en una de esas oficinas del vicio, donde se pierde todo: la vergüenza, el dinero, la delicadeza, el tiempo, el amor a los hijos, a la esposa, la inteligencia, la fe y cuanto hace al hombre digno de la sociedad.

Entre los seres que frecuentan esos sitios en que pierden sus buenos instintos, sus modales y las máximas de virtud tantos y tantos jóvenes que hubieran podido ser el ornato de su patria, lo primero que se pierde es el sentimiento generoso de humanidad, de amor al prójimo y de amistad.

¿Qué sentimiento noble puede abrigar el corazón del hombre que le estrecha a otro la mano con deseo de ganarle el dinero que lleva?

¿Puede haber virtud ninguna en el que desea su engrandecimiento particular con la ruina de miles que exponen a una carta lo que debieran emplear en saciar el hambre de su esposa y de sus hijos, que acaso perecen de necesidad y de miseria?

En el juego se acaban los más dulces afectos; el corazón se cierra a todo sentimiento digno y se abre a todas las iniquidades.

Es una infernal pasión que ciega a los hombres hasta el extremo de que el más humano se convierta en feroz y sanguinario, el más probo en fullero y petardista, el más tímido en insolente y quimerista, y el más desprendido en egoísta y duro.

Para el jugador no hay más patria, más amigos ni más familia, que la mesa en que brilla el oro, y alrededor de la cual pasa los días y las noches, fijos los ojos en aquel tesoro, que es el centro de atracción en que giran todos sus sentidos, todas sus potencias, entera su alma.

¿Puede acordarse de los deberes de ciudadano, quien se olvida de los deberes de padre?

¿Puede correr a la defensa de su patria, el que no vuela a la defensa del hambre y de la desesperación a su desgraciada familia?